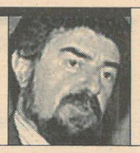
TRIBUNA
Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología
de la Universidad de Sevilla



Es estrepitoso el fracaso del 'asimilacionismo' forzado que ha sido el eje de las políticas de integración francesas: la presión para que los inmigrantes abandonen sus identidades

Violencia en los suburbios

MUCHO se está escribiendo estos días sobre la violencia en los suburbios de París y otras ciudades francesas y su posible extensión a otros países. No son pocos quienes, tomando la parte por el todo, aseguran que el problema es consecuencia de la inmigración y plantean, como una supuesta solución a la crisis, la expulsión, más o menos indiscriminada, de inmigrantes o hijos de inmigrantes, previa retirada de la nacionalidad, en este caso francesa, a aquellos que la posean. No sabemos si, tras los toques de queda y la represión como única respuesta a los disturbios, surgirán iniciativas de cercar con alambradas los barrios problemáticos en nombre de la seguridad. Con lo que las vallas y muros que hoy separan físicamente –como en Ceuta y Melilla– el primero del tercer mundo se alzarían también, en el interior de nuestras sociedades, entre el primer y el cuarto mundo.

Lo que estos graves sucesos están haciendo visible es la gigantesca fractura social, económica, territorial y cultural existente en las ciudades europeas –y no sólo en París o Toulouse sino también en Sevilla, Málaga o Madrid–, que no es cualitativamente muy diferente a la que, referida a Europa y el continente africano, representan el Estrecho de Gibraltar y el Mar Mediterráneo. Basta comparar las medias de renta, desempleo, fracaso escolar, calidad de vivienda, acceso real a bienes y servicios públicos y expectativas de futuro entre los barrios degradados y otras zonas de nuestras ciudades para darse cuenta de que vivimos, ya hoy, en sociedades duales, fuertemente polarizadas.

No se ha señalado lo suficiente que la violencia en los suburbios es una consecuencia directa del funcionamiento de esa máquina de acentuar desigualdades y producir exclusión social que es la globalización mercantilista, que tantos –desde la derecha y la izquierda (?)– presentan como una "oportunidad a aprovechar" (¿por quiénes y con qué consecuencias?). El adelgazamiento del Estado, la renuncia a su función redistributiva, su aceptada subalternidad respecto a las *leyes* del Mercado y de la competitividad, y sus recortes sociales, dejan cada vez más indefensos a los perdedores de la globalización, que son no sólo los países del Sur sino también una masa creciente de habitantes de los países oficialmente *ricos*.

Quienes se sienten excluidos de todo irrumpen de la única forma que han aprendido para hacerse oír: la violencia contra los símbolos

Ante la ausencia de oportunidades para cada vez mayor número de jóvenes, ante la creciente desaparición del Estado social, ante la falta de voluntad política e intelectual para analizar la raíz de los problemas, y ante la inexistencia de otra respuesta que no sea la mano dura y/o la retórica, quienes no se sienten parte de nada, porque se sienten excluidos de todo, irrumpen de la única forma que han aprendido para hacerse oír: la violencia; precisamente, contra los símbolos de la sociedad del bienestar de la que ellos están excluidos. Por eso incendian automóviles, rompen escaparates, destruyen los pocos servicios que el Estado mantiene en sus barrios y se enfrentan a la Policía con tácticas de guerrilla urbana.

Achacar esta violencia a conspiraciones organizadas o a la predicación de imanes radicales es cerrar los ojos a la realidad. Porque, incluso si algo de esto pudiera existir en casos concretos, la causa profunda del fenómeno está en el propio funcionamiento *normal* de nuestras sociedades; un funcionamiento que multiplica la riqueza de unos pocos a costa de la segregación, la marginalización y la exclusión de los más.

El que entre estos más se encuentren muchos descendientes de inmigrantes no debiera sorprendernos, pero no puede llevarnos al error de creer que el problema está producido por la inmigración. Lo que ocurre es que a la segregación, a la falta de trabajo y de horizontes, que es común a cuantos viven en los guetos sociales, se añade la discriminación por las marcas del cuerpo (el color de la piel u otros rasgos físicos) o por el apellido, por más que se posea la nacionalidad. En este ámbito, es estrepitoso el fracaso del asimilacionismo forzado que ha sido el eje de las políticas de integración francesas: la presión para que los inmigrantes, y sobre todos sus hijos e hijas, abandonen e incluso se avergüencen de sus identidades de origen no se ha traducido –Zidane y otros pocos casos aparte– en la adopción de una identidad nacional francesa. Y ello, por dos motivos principales: porque la definición de ésta se ha mantenido en torno a los mismos referentes y valores monoculturales, de clase y de género de siempre, y porque la cacareada integración no ha sido otra cosa que inclusión en la marginalidad. Con lo que la gran mayoría de los jóvenes de familias inmigrantes no poseen modelo alguno de identificación al que acogerse, siquiera sea defensivamente, ni otras redes de cohesión que las denominadas, desde el poder y por los integrados, bandas juveniles.

Es la violencia estructural, planificada y a gran escala del Mercado y de un Estado subalternizado a éste –la violencia de la globalización– la que está en la base de esa otra violencia, local y espontánea, de los suburbios. Más que lamentarnos, deberíamos reflexionar sobre qué sociedad hemos construido, o nos hemos dejado construir, y con qué consecuencias. Por supuesto, para cambiarla. Quizá aún sea tiempo.

PALABRA EN EL TIEMPO
Alejandro V. García

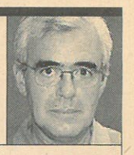
Tiempos repetidos

VEO una y otra vez durante el fin de semana las imágenes de la manifestación en Madrid contra la Ley Orgánica de Educación (LOE). También escucho las respuestas del Gobierno y las declaraciones triunfales de la oposición. Tengo la sensación de haber vivido antes ese sábado, ese domingo y ese lunes de larga resaca. Es una impresión malsana: me irrita que me devuelvan percepciones que ya he recorrido y que no son nada seductoras. Veo a la masa de manifestantes salpicada, aquí y allá, por rostros de monjas que exhiben la sonrisa ancha y blanda que conocí en mis años de escolar (entre los cuatro y los siete años) y por insistentes banderas de España cuya profusión significa mucho más que su mera apariencia: la estampa recobra antiguas inquietudes. Nadie tiene la culpa de arrastrar los recuerdos que tiene. Sí, es un panorama que ya habita en mi memoria, de otras manifestaciones similares relativamente recientes –la del matrimonio homosexual– y de otras más antiguas. No hay duda de que es una manifestación clásica de la derecha española que, siempre que puede, suma a la grey una representación de los pastores, una propensión que se explica por la remoción de privilegios antiguos. El PP de Rajoy acude de monaguillo recogiendo éxitos en el capazo.

También he vivido ya el contexto en que se mueve el Gobierno para responder a quienes le increpan. Son unas circunstancias más bien dramáticas, las que preceden a una pérdida irremisible de crédito entre los votantes. Escucho las respuestas de los ministros y los diferentes portavoces socialistas y todas tienen en común un punto de desesperación o impaciencia. Se equivoca el ministro Montilla entrando al trapo que le tienden los insurrectos de las ondas eclesiásticas y enredándose en una crítica contra la libertad de provocación que conduce a la reducción del absurdo. Así no se para la sangría de votos que las encuestas adelantan con una rara unanimidad. La vicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega anuncia que las aportaciones del Gobierno a la Iglesia descenderán por el incumplimiento del Concordato de 1979. ¡A qué oportuna hora se ha dado cuenta el PSOE de que los obispos no han cuadrado sus balances de financiación! Añade Fernández de la Vega que sería "gravísimo" que el PP esté utilizando la educación como "ariete" para desgastar el Gobierno. Una amenaza y un razonamiento tan ingenuos sólo pueden provenir de un partido que ha perdido la serenidad, que no sabe cómo salir de la trampa que le han tendido o que él mismo ha cavado.

Pero hablábamos de educación, de las críticas suscitada por la LOE. A eso, al menos, estuvo consagrado el fin de semana por la Iglesia y las organizaciones católicas. El desdichado informe PISA reveló una realidad que todos intuíamos y que no tiene un fácil remedio. El diagnóstico fue unánime pero no la manera de reparación. Los dos partidos capacitados por su implantación mayoritaria para normalizar el profundo desorden educativo no tienen voluntad para lograr un pacto. Cada uno atado a sus particular piedra de molino.

LA CIUDAD Y LOS DÍAS
Carlos Colón



Seria muerte, país de broma

ESCRIBÍA el domingo que nuestra clase política reaccionó tras el 11-M con una vergonzosa desunión que daba más importancia a destrozar al otro, para ganar las elecciones, que a salvarnos a todos. Salvarnos quiere decir unión de todos los partidos ante el común enemigo terrorista, eficacia en la investigación y transparencia en la información. Ninguno de estos tres requisitos se ha cumplido y por eso, más de año y medio después, nuestra vida política está herida de cinismo, desconfianza, rencor, crispación y sospecha. Escribía esto el domingo y, como si los hechos quisieran darme una razón que les aseguro no querría tener, me desayuno el lunes con las declaraciones de Zaplana a propósito de una información publicada en *Libertad digital*. Ni entro ni salgo en lo que el periódico digital publica, ya que el periodismo español parece estar retrocediendo de la independencia de la moderna prensa de empresa al sectarismo de la prensa de partido del siglo XIX, o avanzar hacia un nuevo modelo de periodismo ficción, en su alineamiento con el PSOE o el PP (véase como ejemplo el baile de cifras sobre los manifestantes del sábado, que oscilan de los 350.000 de los medios progubernamentales al más de un millón y medio de los antigubernamentales). Haga cada medio lo que quiera, que con su propia credibilidad lo pagará.

En los países en los que la política parece de broma se malvive y se muere tan seriamente como en los más serios

Lo que me preocupa es lo que dijo ayer Zaplana al comentar esta información: "El Gobierno no está colaborando porque tiene algo que esconder". Una gravísima acusación que reforzó con la del "obstruccionismo claro" de un Gobierno que "no quiere que se conozca la verdad" porque "le puede perjudicar". Zaplana no es un periodista que responda con su nombre de lo que escriba, no es un señor particular que exprese sus opiniones –más o menos matizadas, más o menos viscerales– en una tertulia de amigos. Es el portavoz parlamentario del primer partido de la oposición.

Un país en el que el portavoz del primer partido de la oposición dice algo tan extremadamente grave sin aportar pruebas irrefutables es un país de broma, de astracán de Muñoz Seca, de esperpento de Valle Inclán, de sainete de Berlanga. Desgraciadamente, en los países de broma se malvive y se muere tan seriamente como en los más serios. "Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio", escribió Machado. Ciento noventa y un golpes de ataúdes se oyeron tras el 11-M sin que nuestra clase política los tomara políticamente en serio; es decir, con esa unión, eficacia y transparencia que los ciudadanos tienen derecho a esperar de ellos. ¿Tendrán consecuencias para el PSOE, si son ciertas, o para él y el PP, si no lo son, las declaraciones de Zaplana? Es de temer que no porque, en este país de broma en el que se muere en serio, parece que todo puede decirse con una impunidad e irresponsabilidad que no pueden sino escandalizar, desmoralizar y asombrar a partes iguales.

→ ccolon@diariodesevilla.es